

# El camino más largo

---

Pablo Racca es  
un escritor rosarino  
*[pbloracca.com.ar](http://pbloracca.com.ar)*

**Cuento las cosas como sucedieron.**

El colectivo pasó a buscarme pasada la una de la mañana. El avión saldría a las ocho y yo debía llegar algunas horas antes al aeropuerto.

El colectivo estaba bien, y lo hubiera recibido con mejor predisposición si no hubiese sido la primera parte de un viaje eterno en cinco etapas —la expectativa era mala, no me permitía disfrutar el presente— y por culpa de esa persona que había decidido viajar de pie en medio del pasillo. No éramos más de seis ahí arriba, sobraba lugar en el

colectivo, pero este hombre permanecía parado, con las dos manos apoyadas en un asiento, como ayuda para sostenerse.

«Los asientos no están para eso», quise decir, «están para sentarse, la posición más cómoda y tranquila que existe, después de recostarse».

La “azafata” —no hay palabra precisa para las ayudantes en colec-

tivos de media distancia— me había indicado mi lugar exactamente un asiento detrás de donde estaba el hombre parado.

—Preferiría sentarme más adelante —dije, y me miró con cara de “aquí subirán más pasajeros y usted ya tiene un lugar asignado, me tomé el trabajo de ordenar nombres y asientos en la computadora durante

toda la tarde para lograr una formación armoniosa”. No pensé todo esto en el momento, más bien lo construí a lo largo del viaje; nadie más subió y no había otra explicación a la cara de la empleada cuando pedí el cambio de lugar. (Elaboré otra posibilidad más tarde, cuando alguien se comunicó por radio con el chofer: quizás el colectivo debía via-

jar lleno, pero en ese momento le informaban que el resto de los pasajeros había muerto, mudado de país, tomado otro medio de transporte, cambiado de parecer respecto al viaje, o habían sido abducidos, todo súbita y simultáneamente, por extraterrestres, lo que le permitiría conducir el coche mucho más liviano de lo previsto, dejando libres todos los

asientos que me habían sido negados, dejándome frente a frente con el hombre que permanecía de pie). Al bajar, horas más tarde, pregunté a la chica por qué no me permitió cambiar de lugar al inicio del viaje; me respondió, sorprendida, que había entendido que le señalaba algo afuera del colectivo y que le preguntaba si yo volvería a ese lugar. En ese

momento reí, pero luego el asunto me dejó pensando.

Así es que viajé a centímetros de distancia del hombre de pie, dando comienzo a “la batalla de las miradas”: ni aquel hombre ni yo pudimos dejar de cruzar la vista en todo el viaje. Dudo si esto generó alguna relación entre nosotros. Quiero decir: nos saludamos al llegar a destino y

luego al cruzarnos en el aeropuerto. Pero durante el viaje no pasaba un minuto sin que uno mirara al otro, aun si él había comenzado a leer —lo que afectaba su estabilidad, porque ocupaba sus manos— y yo me concentraba en alguna aplicación que acababa de descargar al celular. Me molestaba su obstinación por permanecer así, y más que todo su

costumbre de mover los labios mientras avanzaba su lectura. Eso me indignaba. Me hacía negar con la cabeza cada vez que bajaba la vista —ninguno de los dos mostraba emoción o juicio alguno mientras nos mirábamos—, y en mi mente confluían caudales de críticas que se entrelazaban y caían como cascadas a lo más profundo de mi ser. En

retrospectiva, debo decir que el poco descanso de los últimos días, y el sueño cortado de esa noche, me predisponían muy mal ante la situación; seguramente estaba proyectando todo esto en aquella persona (aunque no creo que fuera válida esta justificación).

Cuando todo dentro de mí se estaba serenando, sucedió lo del café.

La “ayudante de pasajeros de colectivo” —así la llamé el resto del viaje— había estado estudiando al hombre por varios minutos. Yo lo había notado, pero no entendía por qué. Ella lo había mirado mientras buscaba algo en un bolso, mientras sopesaba el termo, lo destapaba, vertía el líquido en unos vasos diminutos, limpiaba la boquilla (un

detalle delicado que fue una sorpresa para mí, que seguía resentido por la falta de atención al subir al colectivo), tapaba el termo, guardaba el termo. Disimulaba contar a los pasajeros, pero con una ojeada en su planilla hubiera obtenido ese dato, si es que no tenía escrito un seis gigante en su memoria, con fibrón negro remarcado, ya que no éramos

más que esos ahí arriba. A mí no me engañaba: estaba midiendo el espacio, calculando sus movimientos para atravesar el pasillo —ida y vuelta— sin escandalizar a nadie, sin hacer el ridículo, sin pisotear al hombre y generar un escándalo innecesario. Yo hubiera querido, con un gesto quizás, mostrar empatía con ella. Pero no me dirigía la mirada —me había cata-

logado como un extravagante por mi pregunta inicial, entendí más tarde— y tampoco quería que ella interpretase cualquier cosa si caía en la cuenta de que la estaba mirando. Tomó la bandeja y no percibí que tenía cinco vasitos hasta que pasó por segunda vez delante del hombre de pie, mostrando un temple ejemplar, con la bandeja vacía y la convicción

de soldado al responder, ante la pregunta del otro:

—No puedo servirle nada si no se sienta.

Esto habrá puesto al hombre en una encrucijada: sentado con beneficios, de pie con sus convicciones. Optó por mantener su posición; yo lo hubiera aplaudido si no la considerase una posición idiota. Tras mi

café, algo más lúcido, esboqué algunas conjeturas sobre la situación, una liviana, otra extrema: o el hombre estaba allí parado porque no quería arrugar su traje, o tenía una pierna de titanio sin articulaciones. Cualquiera opción arrojaba una incógnita respecto a cómo pensaba viajar en el avión; nunca vi a nadie de pie en esos pasillos.

Estaba alienándome demasiado allí adentro, pero mis intentos de mirar afuera fallaban, tanto por la oscuridad del campo abierto, como por el conjunto de luces que me había engañado: había seguido con la vista un conjunto de luces que se perdía a lo lejos, bordeando algún camino, ocupando todo el largo de mi ventanilla; me dejé atrapar por la

profundidad de esa curva suave de focos amarillentos moviéndose apenas con el andar del colectivo, cuando noté que lo que veía no era más que el reflejo en el vidrio de unas luces al otro lado de la ruta, a mi izquierda y no hacia la derecha, que era la dirección en la que yo estaba mirando. Se falseaba lo genuino de mi experiencia y me frustré.

—Llegamos —dijo una voz desconocida. Me había dormido en la última hora de viaje. El hombre de la pierna de titanio se había acercado hasta a mí y hablaba con voz amable, lo que chocaba con todo preconcepto antes generado. Le agradecí (¿qué más podía hacer?).

Los ojos me ardían, como siempre sucede en estos casos, y caí

en el error en que todos caemos:  
presionar con los dedos sobre los  
párpados, algo sin sentido y que no  
reconforta para nada la sensación de  
despertarse adentro de un colectivo  
en un lugar desconocido, todavía de  
noche y debiendo interactuar con  
gente de inmediato. Chequeé que  
tuviera todo en mis bolsillos y bajé.  
Mi demora con los ojos me había

impedido analizar el andar de aquel hombre, poder comprobar si tenía rodillas. Bajé los escalones del coche y me recibió la quietud del aire, acompasado con el sigilo usual de la gente durante la madrugada; es como si alguien bajara el volumen de la humanidad hasta las nueve de la mañana. Recibí mi valija y caminé, el sonido de las rueditas

persiguiéndome, marcando sin pausa los cambios en la superficie: asfalto en la calle, baldosas en la vereda, mosaico lustrado adentro del aeropuerto.

Tardé un momento en orientarme en el laberinto de pantallas y luces. Encontré el mostrador de la aerolínea y esperé. Entregué mis documentos y esperé. Deposité la

valija yesperé. Luego, el mensaje que no esperaba:

—Hay demoras por las cenizas del volcán.

Mi acto reflejo fue reírme; la frase lindaba lo fantástico.

—Un volcán de la cordillera — aclaró el empleado, sorprendido por mi reacción (más tarde encontraría la noticia entre los titulares de todos los

diarios y noticieros y me avergonzaría por mi ignorancia) —.

Tiene movimientos tectónicos —hizo un movimiento extraño con las manos, aplanando una sobre la otra —, y desprende ceniza que llega hasta la costa del país. Interfiere las comunicaciones del avión con la torre de control.

Nunca entendí por qué un avión

no puede aterrizar por sí mismo sin necesidad de comunicarse con alguien más.

—Esté atento a las pantallas donde se anunciará el horario reprogramado.

Asentí y recibí mis papeles, o quizás fue al revés. Aun si la espera sería larga, me dirigí hacia la puerta que debía atravesar más tarde, nece-

sitaba comprobar que estuviera allí: en estos lugares enormes uno debe asegurarse de que las cosas estén en su lugar. Luego caminé en cualquier dirección.

Los locales del aeropuerto estaban cerrados; la única opción era el área de espera. Cuando la encontré, me enfrenté al dilema: los asientos libres del sector seguían un patrón

desfavorable: cualquier lugar que eligiera para sentarme me dejaría al lado de alguien más, sin el confortable asiento vacío que debe mediar entre las personas. Opté por ubicarme al lado de un hombre que dormía, lo que entendí como lo más parecido a lo que buscaba, aun si la forma de dormir de este hombre era algo desagradable —boca entreabier-

ta, cabeza ligeramente hacia atrás, brazos cruzados—, y el hombre vestía con ropa deportiva, lo cual encuentro inaceptable en cualquier contexto que no sea el deportivo. Me moví con la mayor delicadeza posible, lo que resultó un esfuerzo innecesario cuando alguien pasó con sus rueditas y golpeó el pie derecho de mi vecino, despabilándolo. El hom-

bre me miró y entendí que me hacía responsable por su despertar. Quise explicarle que todos los lugares estaban ocupados de una forma dispar y que yo estaba haciendo lo mejor que podía, pero él habló primero con voz calma y todo desencadenó, para mi sorpresa, en una gran conversación sin acusaciones de ningún tipo. Tras varias digresiones, entre

las que nuestras opiniones danzaban, conectándose y distanciándose, el hombre se levantó y me saludó con un inesperado beso en la mejilla, tomándome la cabeza con las dos manos, lo que destruyó de alguna manera lo que habíamos logrado en la última hora. No se puede tenerlo todo.

Restaba honrar el nombre del

sector y esperar. Para pasar el tiempo decidí escuchar alguna conversación ajena, algo que considero aceptable mientras la identidad de quienes hablan no se me revele jamás.

Las pantallas no mostraban información alguna sobre mi vuelo. Decidí volver al mostrador, donde confirmaron que el avión no despegaría.

—Es para seguridad de todos —  
insistió el empleado, como si yo no  
entendiera la situación, lo que me  
obligó a hacer un esfuerzo mayor  
para demostrarle que todo estaba  
claro, que yo no era un ser irracional  
que quería que el avión despegara  
bajo cualquier condición sólo para  
llegar a destino. Intenté explicarme,  
pero no tenía sentido; firmé algunos

papeles y me fui con mi valija y rueditas detrás.

Mientras salía —el cielo apenas clareando— hice mis cálculos: podía tomar un colectivo hacia destino y, tras casi veinte horas de viaje, llegar a horario para mi primer día de curso, a la mañana del día siguiente. El viaje en avión era una comodidad pero podía prescindir de eso. Me

decidí a hacerlo y, por alguna razón, sentí como si alguien empezara a borrar lo que luego vendría, lo que resultaba en una paradoja y una premonición. Me di un empujón interior —la intuición me había frenado—, subí a un taxi y me dirigí a la terminal de ómnibus.

La ventanilla del auto funcionaba como reloj; las personas que

veía eran pulsos que marcaban el paso del tiempo, acelerándose al adentrarnos en la ciudad hasta formar un hilo continuo y denso en las últimas cuadras. El taxista señaló el costo y creí que sería lo único que escucharía de él, pero cuando esperaba mi vuelto agregó:

—Disculpe, pero con esto no alcanza.

Me mostraba un billete chico, que efectivamente no alcanzaba a cubrir el costo del viaje. Me disculpé y le di otro billete. Recibí mi vuelto y bajé. El océano de gente formaba olas turbulentas, en claro contraste con el ecosistema aeroportuario. Caminé veloz, las rueditas sufriendo por la superficie irregular.

Los carteles caducos me guiaron

a ventanillas incorrectas y debí preguntar varias veces hasta dar con la empresa que viajaba a mi destino. La transacción fue rápida y, pasaje en mano, volví a acelerar hacia el lugar donde esperaba el colectivo. Faltaban unos minutos para la partida. Me senté en un bar, ocupé la mesa más cercana a la plataforma de salida. No quería perder de vista el coche. Llegó

mi café, rechacé el diario y volví a sentir la evanescencia de lo que vendría. Saqué el celular del bolsillo: apagado. ¿Habría fallado la batería? Tardaba en encenderse. Pedí la cuenta, atendí la llamada, conté mis billetes para pagar. Me faltaba uno grande. Escuché la voz del otro lado:

—Estábamos intentando comunicarnos con usted desde hace unas

horas: tenemos que cancelar el curso.

«Me robaron», pensé, mirando la billetera.

—La tormenta de la semana pasada inundó parte de la facultad, y esta mañana empezó a fallar el sistema de alimentación eléctrica. La mitad de la ciudad está sin luz.

—¿Una inundación además de las cenizas? —dije, mientras le hacía

una seña al mozo del bar para que me aguardara un momento. La gente empezaba a ascender al colectivo.

—¿Cenizas?

—El aeropuerto está cerrado por las cenizas —aclaré.

—Ah, sí, estamos al tanto. —La voz de la secretaria sonaba algo molesta por el cambio de foco en la conversación.

—Me robaron. Creo que en el taxi —dije al mozo en un susurro. Pero el mozo no entendió (creo que no le importaba mucho) y confundí más a la secretaria al otro lado del teléfono.

—Le vuelvo a pedir disculpas, estuve llamándolo durante toda la mañana.

—¿Me va a pagar? —el mozo.

—¿Podremos reprogramar la capacitación para el mes próximo?

—la secretaria.

—Sí, aquí tiene.

—Que tenga buen viaje.

—¿Ya está viajando?

—Voy a volver a casa.

El mozo me miró sonriendo.

Interpreté que añoraba su hogar.

—Gracias por entendernos. No

tiene sentido que venga hasta acá, nadie va a poder tomar el curso con este imprevisto.

—Se entiende perfectamente.

No iba a extenderme en mayores afirmaciones respecto a lo comprensible de la situación. Somos seres humanos y la naturaleza interviene, todo estaba dentro de los márgenes de lo verosímil. Hubiera querido

explicarle la secuencia que me llevaría ahora de vuelta a mi casa, resultando en el camino más largo que jamás había tomado para llegar al mismo lugar. Pero se habría interpretado como una queja o algo similar, y aquí nadie se quejaba, todo estaba bien, solo quería describir la realidad, que rozaba lo inverosímil.

Cambié mi pasaje, me

devolvieron parte del dinero pero no el monto completo. Cuando alcancé el nuevo colectivo, me sorprendió el tumulto de gente que se reunía alrededor; se había cancelado un viaje anterior y todos subiríamos al mismo coche. La mitad de nosotros cambiaría de unidad en una parada intermedia. Un equipo de empleados se disculpaba, lo que resultaba algo

excesivo y lastimoso, ya que el responsable de todo no estaba ahí. El portaequipajes parecía un chiste; el hombre que tomó mi valija hizo lo que pudo para ubicarla en una montaña enorme que desafiaba la gravedad.

De más está decir que no alcanzaban los asientos para todos.

El destino me empujaba a tomar el

rol del hombre de pie, como si quisiera enseñarme alguna lección innecesaria, pero sin piernas de titanio. Tal vez fuera ese el material de la coraza en la que me había encerrado interiormente, una técnica oriental que usaba cuando todo iba mal. (Miento: no es ninguna técnica oriental). Allí rebotaban las disculpas que llegaban desde afuera del coche,

las quejas de los pasajeros, mis propias conjeturas sobre el futuro que continuaba reescribiéndose.

El coche avanzaba lento, doblegado por el peso de las vidas angustiosas que me rodeaban. Nadie quería esto, claro, pero, ¿para qué sumarle mayor desencanto a la situación? Varios bloques de personas se agrupaban, unidos por un

derrotero de aclamaciones coincidentes.

—Se nota que tuviste un día largo. —Alguien me habló desde un asiento a mi espalda.

—Estuvo bien —dije, porque fue lo primero que me vino a los labios.

Ella se rió. Yo no estaba preparado para una conversación.

—Demasiado optimismo. No es necesario convencerse de que todo está bien si no está todo bien.

Miré hacia afuera del colectivo. No quería decir nada sobre lo que no estuviera seguro.

—Las nubes —dije.

Volvió a reírse. Las nubes estaban ahí y era lo único en lo que quería pensar.—Es una buena actitud

—dijo.

Y la conversación siguió. Ella conocía la historia del niño que se enamoró de una nube. La reconstruimos entre los dos: el niño recostado en el asiento de atrás del auto, los padres adelante en silencio marcial: acababan de decidir separarse, y quedaban horas de viaje. Los ojos húmedos del niño acogieron a la

nube: su forma no evocaba nada en particular, era la única a la vista, único descanso del azul-celeste que la rodeaba. Era parte del cielo pero no lo era. Y tomó al niño. Lo guió durante todo viaje, lo acompañó al detenerse en alguna parada, al girar por uno y otros desvíos. No lo dejó hasta llegar a casa. El niño subió a su habitación, abrió las cortinas y no

oyó nada más. Por la noche su madre o su padre subieron a buscarlo pero él ya no estaba ahí.

La historia me sacó una sonrisa, generó un efecto similar al de la nube: la chica ya no estaba cuando volví en mí. La mitad de los pasajeros habían cambiado de coche y yo ocupaba su asiento. Tomamos mayor velocidad, aunque el andar

acelerado duraría poco. El colectivo frenó en medio de la ruta y, lento como un elefante tropezando, volcó en la banquina. Los gritos de la gente fueron algo apagados; habíamos tenido tiempo de acomodarnos para amortiguar el golpe. Las puertas de emergencia funcionaron a la perfección y salimos por el techo hacia el pasto húmedo que bordeaba el cami-

no, en una marcha lenta y sincronizada, en el mudo acuerdo de que la vida es nada de lo que planeamos, y lo único sensato es caminar y permitir que las cosas sucedan.

Más adelante se veía humo por un choque en cadena. La hilera de autos detenidos no parecía tener fin. Reconocí a la distancia otro colectivo

de la misma empresa y pensé que podría buscar a la chica, pero me dolían un poco las piernas y estaba cansado. Me senté en el suelo y pensé en la chica y en lo que quedaba por transitar. Sentí el pasto húmedo en las manos húmedas. El clima estaba bien. Me recosté y miré el cielo.